



SALVADOR DALÍ, ESPAÑOL DE PRO

DESDE la más remota historia del arte, emergen los nombres de Fidias y Praxiteles. Desde estos dos nombres, la Humanidad no ha cesado de luchar por un ideal de perfección. Durante la Edad Media, la historia del arte se sumerge en un oscuro anonimato hasta que, con el Renacimiento, vuelven a salir nombres casi divinos: Rafael, Leonardo, Giorgione, etc. Luego, los últimos efectos de la Revolución francesa vienen con el triunfo de Bouguereau — los triunfos de la burguesía —, que por cierto representan lo peor de lo peor. El impresionismo aparece como un movimiento contra esta manera burguesa. Más tarde Matisse y Picasso intentan épater le bourgeois, mas la burguesía muy pronto se acostumbra a ello y lo asimila.

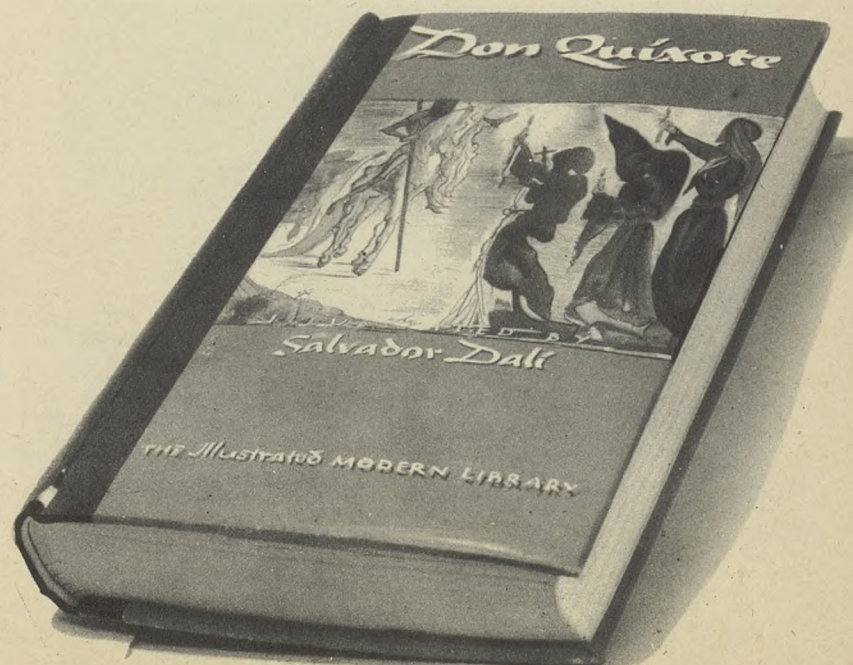
»Ingres fué el primero que realmente chocó a la burguesía. Pero sus ídolos fueron los primitivos. El esfuerzo final de Cézanne fué la recreación de Poussin d'après nature. Por otro lado, el arte contemporáneo con la desintegración de los abstractos ismos, amenaza de nuevo sumergir la historia del arte en un total y anónimo pseudo-decorativismo. Pero, justamente en este momento, un nuevo nombre emerge: Dalí, quien, exactamente como todos los otros grandes nombres, sigue la antigua tradición.

»Guste o no guste a las gentes, sea para bien, sea para mal, la historia del arte encuentra en Dalí un nuevo punto de partida.

- »La pintura ha muerto. ¡Viva la pintura!
- »Permitaseme recapitular de nuevo.
- »Rafael deseó recrear Praxiteles.
- »Poussin deseó recrear la belleza greco-romana.
- »Ingres deseó recrear Rafael.
- »Cézanne deseó recrear Poussin.
- »El mismo Picasso, cuando no se siente demasiado anarquista ibérico, desea recrear Ingres.
- »Entonces dejadme decir a mí que Dalí desea recrear a Rafael porque la belleza es una e indivisible y fría, excepción hecha de los momentos oscuros de la barbarie en la historia.
- »¡La eterna fuente de la antigua belleza!

SALVADOR DALÍ,

LA REVISTA DE 23 PAISES



Reproducimos en estas páginas los diez dibujos a todo color con que Salvador Dalí ilustró una edición del «Quijote», lanzada en Nueva York.



ENFOCANDO directamente la persona de Salvador Dalí me apresuraré a decir que, a pesar de estos elogios de Salvador Dalí firmados por Salvador Dalí, el gran pintor español es un sujeto ecuánime, modesto y muy fríamente inteligente. Sucede, simplemente, que Dalí está convencido de su huella en la historia del arte y cree que no hay motivo para moverse en los estrechos límites de una falsa modestia o de una hipocresía emperifollada.

Salvador Dalí, una de las personas más conocidas hoy día en Norteamérica, regresa ahora, seguro y parsimoniosamente, hacia los caminos de la pintura clásica — y clásica española — después de haber alumbrado en su primera juventud, durante sus años de París, un movimiento que ha llenado la pintura de entre las dos guerras. De todos los pintores un día surrealistas, sólo Dalí, hoy totalmente de regreso, se mantiene en un primer puesto.

Dalí... Picasso... Es absolutamente impresionante considerar imparcialmente que los dos pintores hoy más en boga, más originales, más ensalzados del mundo, sean, precisamente, dos españoles. Sin estos dos nombres, la pintura actual sería una monótona repetición de lo que fué la pintura del siglo XIX. Así como un día Goya — otro español — abrió el cauce por el cual habíase de proyectar, muchos años más tarde, el impresionismo de los franceses, Dalí y Picasso abren nuevos moldes que se utilizarán, probablemente, durante muchas décadas.

Picasso... Dalí... Dos nombres de españoles contemporáneos. Dos nombres de españoles... Sin embargo, sólo en eso se parecen. Los une solamente esta su condición. Todo lo demás les separa. Y más que su orientación por los caminos actualísimos del arte, sus pasos y posiciones por los escollos de la política y de las ideologías. Mientras Picasso, un día comunista, se estabiliza en un confucionismo político, que saliéndose del comunismo está en los umbrales del anarquismo, Dalí, conservador esencial, ordenado, religioso, siente con alegría circular por sus venas la sangre tradicional de la vieja Cataluña, que es decir tanto como de la vieja España. Salido del hogar pa-

trio a muy temprana edad, para vivir en California durante años después de una tan larga como brillante etapa parisina, Dalí conserva prístina la huella de su tierra. Los veranos que pasó en la Costa Brava catalana durante sus años de París, mantuvieron en él, viva y fresca, la raíz española. Rivales en casi todo, Dalí (pintura aparte) tiene, sobre Picasso, su edad — cuarenta y cuatro años —, su falta total de amargura o resentimiento, y su saber vivir entre la sociedad más alta y cosmopolita del mundo — eso, probablemente, heredado por vía muy directa de su paisano José María Sert — y un saber administrarse, sin jamás dar la sensación de ello, realmente excepcional. Y luego, como si eso fuera poco, su saber escribir, su inteligencia natural extraordinaria. Con fabulosas faltas de ortografía y en una mezcla curiosísima de castellano, catalán y francés, Dalí describe sensaciones y recuerdos infantiles, como sólo sería capaz un gran poeta o un gran escritor introspectivo. Su capacidad literaria influye muchísimo a mantenerle constantemente en un primer plano de actualidad. Casi sin quererlo, anda siempre metido Dalí en todos los asuntos que atraen a las gentes. Hace unos meses, en las descripciones de las habitaciones donde los Príncipes de Edimburgo pasaron su luna de miel, se podía leer que un cuadro de Dalí presidía la decoración de la habitación que se reservó a la pareja en el palacio campestre de los Mountbatten. Lo pintó Dalí allí mismo cuando fué huésped de lady Mountbatten para pintarle el retrato. Cuando el escandaloso asunto de la bomba atómica y sus secretos comunicados a los rusos, el nombre de Dalí volvió a salir en la gran prensa norteamericana aunque, naturalmente, muy indirectamente. El profesor Hakoon Chevalier, el que habitualmente traduce sus obras al inglés, fué acusado de haber pasado información al cónsul de Rusia en los Angeles. Después Chevalier quedó rehabilitado. Parecía como si al final, sólo se tratase de dar una vuelta más a la manivela de la propaganda del gran pintor del Ampurdán. Me contaba Dalí, hace pocas semanas en Nueva York, donde pasa anualmente unos tres meses, abandonando





para esta temporada su casi conventual retiro de California, que su padre, también Salvador Dalí, notario de la ciudad de Figueras, provincia de Gerona, pegaba en una libreta los recortes de las primeras críticas que se publicaron en Barcelona cuando Dalí, todavía un muchacho, exhibió sus modestas telas. «¡Cuántas libretas necesitaría ahora mi padre!», comentaba Dalí. En efecto, tanto en el año 1946 como en el invierno pasado, he podido ver cómo todas las noches llega, mandada por una Agencia, a su siempre igual habitación del Hotel St. Regis, un sobre conteniendo los recortes de prensa que, por una u otra cuestión, se ocupan de Dalí. La crítica la mide Salvador por peso, por kilos. Le tocó Dalí el trigémino a Norteamérica. Su padre ahora no necesitaría libretas, sino baúles. Cuando Dalí recibe el sobre diario, aprecia el grueso y el peso y, sin abrirlo, dice, antes de encerrarlo en un cajón: «Hoy está mejor que ayer, pero peor que anteayer».

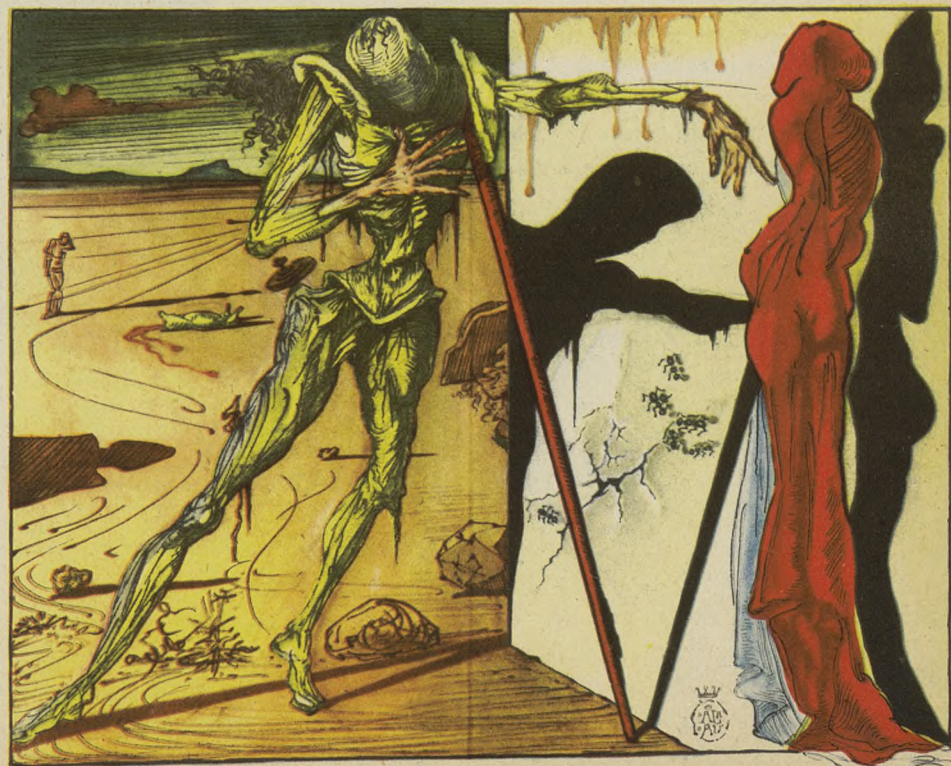
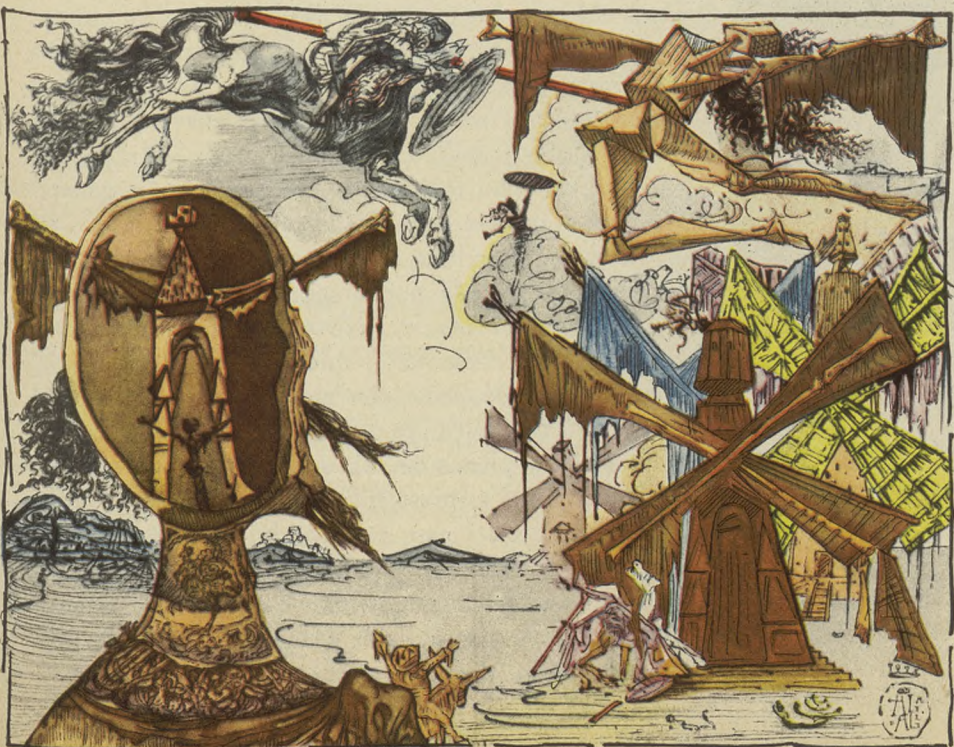
Su éxito en Norteamérica lo obtuvo ya Dalí cuando su primer viaje, poco tiempo antes de estallar la última guerra mundial. Entonces se convirtió en el eje de una vivísima polémica al romper de un garrotazo una de las grandes lunas que abre, en plena Quinta Avenida, la conocidísima casa «Bonwit Teller». El había dibujado el montaje del escaparate. Al no ajustarse la realización con su proyecto, consideró que la casa había malbaratado su «obra de arte» y que, por consiguiente, él tenía derecho, en nombre del arte, a demoler la instalación o adulteración artística. Dalí fué detenido — él cuenta los pormenores en su libro «Mi vida secreta» — e, inmediatamente, una enorme polémica se levantó en Nueva York entre los partidarios del arte (Dalí) y los defensores de los derechos intangibles de la propiedad industrial y de la propiedad propiamente dicha (tesis mercantil). Desde aquel día la fama de Dalí, tan potente ya en París, quedó íntegramente trasplantada al nuevo mundo.

Este último invierno, Dalí rompió «otra luna». A eso equivalió el haber «colgado» el saludo a Elsa Maxwell, la íntima de la Greta Garbo y de todas

las personalidades mundiales. Desde su «columna» del «New York Post», Elsa Maxwell dirige el ambiente que se conoce por «Cafe Society» neoyorquino e incluso otorga anualmente títulos de «best dressed woman in America». *Ne vous approchez pas, madame. Je vous déteste*, le dijo Dalí ante un gran grupo de gente, al salir de la Opera.

Y es que Dalí ha alcanzado aquel difícilísimo punto de gracia en el que uno se puede permitir «plantar» a las gentes o, por ejemplo, no hablar ni a tiros su idioma. No es exactamente cierto que Dalí no sepa inglés. Pero hace al revés de muchos: hace como que no lo sabe. Algún tiempo atrás decía que sólo sabía dos palabras: *Connecticut* y *Massachussets*. Todavía este invierno, muchas veces, yendo con él, se ha sacado un papelito del bolsillo y lo ha enseñado al taxista, para que éste leyera una dirección. Un día me hizo este numerito sin acordarse de que, poco rato antes, en el camerino de Judith Anderson, le había sorprendido hablando, muy seriamente, *business* en suficiente inglés. «Hay dos cosas que por incapacidad total para poder aprenderlas, he renunciado a ellas: el inglés y la ortografía.»

A pesar de que sus tres meses neoyorquinos son para Dalí de descanso, «sociales» y de «administración» o ventas, durante largos ratos, en su habitación, retoca y trabaja en alguna tela. El año pasado retocaba una y otra vez la célebre cesta de pan que en Norteamérica se ha convertido este invierno, en la auténtica bandera para la propaganda del Plan Marshall. Este último invierno trabajaba en una acuarela que ha regalado a los Príncipes de Edimburgo, en ocasión de sus bodas. En esta acuarela, los varios elementos que componen el escudo real inglés, cobran vida propia e independiente. Los leopardos, el unicornio, el arpa... La corona es una isla flotando en el mar. En un rincón imaginario se entrevé, como siempre, un imaginario paisaje que, como siempre, es una perspectiva de la Costa Brava catalana, que constituye, para Salvador, una «marca de fábrica». Yo enseñé a una muchacha norteamericana, que prácticamente no sabe nada de

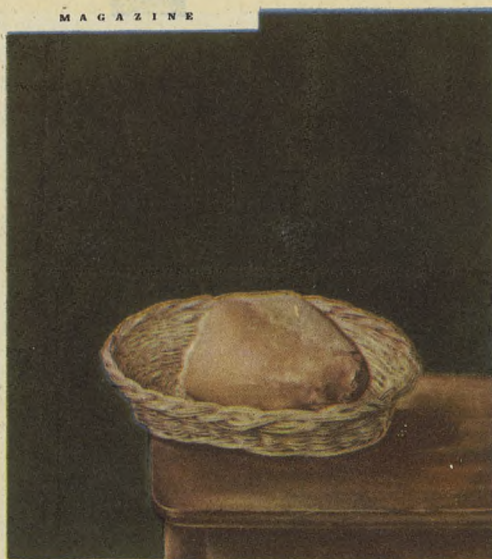




España, una postal de la Costa Brava: «¡Qué magnífico! Pero si parece un paisaje de Salvador Dalí...» Dalí pertenece al reducido grupo de los pintores que se han quedado, que han «robado» un paisaje. Velázquez se apoderó, también para la posteridad, de los encinares y del paisaje que rodea Madrid.

A pesar de sus años viviendo en Norteamérica, Dalí continúa fiel a los paisajes de la vieja España. Los otros, dice él, no impresionan su retina. Puede pasar muchos años, Dalí, viviendo como el camello — camello espiritual — de las imágenes registradas en su retina. Dalí no ha pintado el paisaje americano. En California siempre pinta entre cuatro paredes. Su luz es la de la costa de Gerona al atardecer; sus rocas, aquellas del Mediterráneo. Una memoria óptica extraordinaria, le permite pintar, en Norteamérica, la luz de Port Lligat a las cinco de la tarde. «Recuerdo perfectamente la luz y el paisaje de los Monegros — cosa que también pinta muy a menudo — por un viaje que hice en coche de Barcelona a Madrid...», me aseguraba un día, en un bar neoyorquino.

Tostado por el sol de Del Monte (California) y con los únicos grandes bigotes — un poco al estilo del viejo guardia civil español — que hay en Norteamérica, Dalí, por las calles de Nueva York, representa una estampa romántica de un mundo que se fué. Pero, por las calles, las gentes se vuelven a su paso no por sus bigotes, sino porque le reconocen y le identifican muy personalmente. Me ha tocado andar, siempre guardando la derecha, junto a bastantes personajes famosos.



A TIME TO ACT... by GEORGE C. MARSHALL

Portada del suplemento «This Week», del «New York Herald Tribune», que reproduce a todo color la famosa «Cesta de pan» del pintor español Salvador Dalí, como ilustración de un artículo del general Marshall en defensa del plan de ayuda a Europa

Pero pocas veces he visto volverse tantos ojos y darse la gente tanto con el codo, como yendo al lado del español del que se habla y escribe más en Norteamérica. En el país del mundo donde más difícil es emerger de la masa, debido precisamente al aluvión de publicidad, Dalí ha logrado la cifra, a mi entender, máxima: aparecen chistes o historietas en los periódicos, donde él o sus relojes «blandos» o sus paisajes del Ampurdán son reconocidos o identificados por las gentes sin que sea necesario poner su nombre ni dar una explicación. Este invierno pasado, en el «New York Herald Tribune», Dalí salió incluso de colaborador, del general Marshall — ingresó en el Plan Marshall, diríamos — en un artículo que publicó en defensa de su plan el actual Secretario de Estado norteamericano. En el reverso de la portada a todo color, el «New York Herald Tribune» publicaba este comentario, que queremos reproducir, sobre la labor de Dalí: «La mayor parte de nosotros hemos asociado siempre a Salvador Dalí con relojes desmayados y pianos de cola suspendidos en los árboles. Resulta una sorpresa encontrarle pintando un trozo de pan vulgar, del pan nuestro de cada día, que es exacto a... un trozo de pan vulgar, a nuestro pan de

cada día. Hemos elegido el cuadro de la reciente exposición de Dalí como la mejor expresión de lo que el mundo piensa, habla y se preocupa en el 1948.»

Este verano, Dalí se dirige a Cadaqués, su pueblo natal, en plena Costa Brava catalana.

C A R L O S S E N T Í S